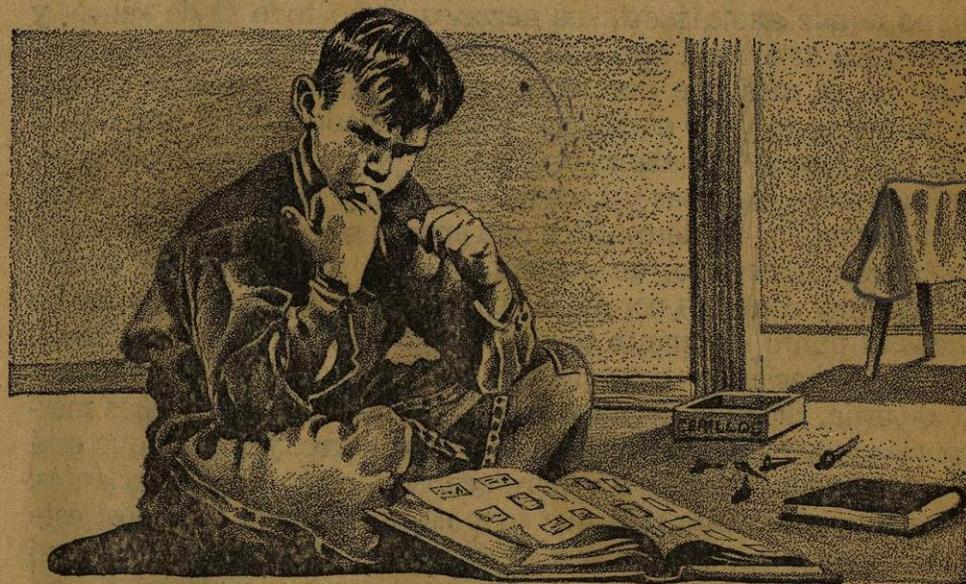


rosamente con su sangre el collado de San Martino. La noticia de la muerte del muchacho había corrido ya entre los soldados antes que dejaran sus campamentos. El camino, flanqueado por un arroyuelo, pasaba a pocos pasos de distancia de la casa: cuando los primeros oficiales del batallón vieron el pequeño cadáver tendido al pie del fresno y cubierto con la bandera tricolor, lo saludaron con sus sables y uno de ellos se inclinó sobre la orilla del arroyo, que estaba muy florida, arrancó las flores y se las echó. Entonces todos los cazadores, conforme iban pasando, cortaron flores y las arrojaban al muerto. En pocos momentos el muchacho se vio cubierto de flores, y los soldados le dirigían todos sus saludos al pasar. “¡Bravo, pequeño lombardo! ¡Adiós, niño! ¡Adiós, rubio! ¡Viva! ¡Bendito sea! ¡Adiós!” Un oficial le puso su cruz roja, otro le besó en la frente, y las flores continuaban lloviendo sobre sus desnudos pies, sobre el pecho ensangrentado, sobre la rubia cabeza. Y él parecía dormido en la hierba, envuelto en la bandera, con el rostro pálido y casi sonriente como si oyese aquellos saludos y estuviese contento de haber dado la vida por su patria.

### LOS POBRES

Martes 29.—“Dar la vida por la patria, como el muchacho lombardo, es una gran virtud; pero no olvides tampoco, hijo mío, otras virtudes menos brillantes. Esta mañana, yendo delante de mí cuando volvíamos de la escuela, pasaste junto a una pobre que tenía sobre sus rodillas a un niño extenuado y pálido, y que te pidió limosna. Tú la miraste y no le diste nada, y quizás llevabas dinero en el bolsillo. Oye, hijo mío: no te acostumbres a pasar con indiferencia delante de la miseria que tiende la mano, y mucho menos delante de una madre que pide limosna para su hijo. Piensa en que quizás aquel niño tenía hambre; piensa en la desesperación de aquella mujer. Imagínate el desesperado sollozo de tu madre, cuando un día tuviese que decir: “Enrique, hoy no puedo darte ni un pedazo de pan”. Cuando yo doy diez céntimos a un pobre y éste me dice: “¡Dios le dé salud a usted y a sus hijos!” tú no puedes comprender la dulzura que siento en mi corazón con aquellas palabras y la gratitud que aquel hombre me inspira. Me parece que, con aquel buen presagio voy a conservar mi salud y tú la tuya por mucho tiempo, y vuelvo a casa pensando: “¡Oh, aquel pobre me ha dado más de lo que le he dado a él!” Pues bien: haz tú por oír alguna vez buenos augurios análogos, provocados, merecidos por ti; saca de vez en cuando cuartos de tu bolsillo para dejarlos caer en

la mano del viejo necesitado, de la madre sin pan, del niño sin madre. A los pobres les gusta la limosna de los niños porque no les humilla, y porque los niños, que necesitan de todo el mundo, se les parecen. He aquí por qué siempre hay pobres en la puerta de las escuelas. La limosna del hombre es acto de caridad; pero la del niño, al mismo tiempo que un acto de caridad, es caricia. ¿Comprendes? Es como si de su mano cayeran a la vez un socorro y una flor. Piensa en que a ti no te falta nada, mientras que les falta todo a ellos, que mientras tú ambicionas ser feliz ellos con vivir se contentan. Piensa que es un horror que en medio de tantos palacios, en las calles por donde pasan carruajes y niños vestidos de terciopelo, haya mujeres y niños que no tienen qué comer. ¡Que en medio de una gran ciudad no tienen que comer, como fieras perdidas en un desierto! ¡Oh, Enrique!: no pases nunca más delante de una madre que pida limosna sin dejarle un socorro en la mano.—*Tu madre*”.



### DICIEMBRE

#### EL COMERCIANTE

Jueves 1º—Mi padre quiere que cada día de fiesta haga venir a casa a uno de mis compañeros, o que vaya a buscarlo para hacerme poco a poco amigo de todos. El domingo fui a pasear con Votino: aquel tan bien vestido, que se está siempre alisando y que tiene tanta envidia de Deroso. Hoy ha venido a casa Garofi; aquel

alto y delgado, con la nariz de pico de loro y los ojos pequeños y vivos, que parecen sondearlo todo. Es hijo de un droguero y tipo muy original. Está siempre contando los cuartos que tiene en el bolsillo; cuenta muy de prisa con los dedos, y verifica cualquier multiplicación sin necesidad de tabla pitagórica. Hace sus economías, y tiene ya una libreta de la Caja de Ahorros escolar. Es desconfiado, no gasta nunca un cuarto, y si se le va un céntimo debajo del banco, es capaz de pasarse la semana buscándolo. "Es como la urraca", dice Deroso. Todo lo que encuentra, plumas gastadas, sellos usados, alfileres, cerillos, todo lo recoge. Hace ya más de dos años que colecciona sellos y está formando un álbum, que venderá después al librero cuando esté completo. Entretanto el librero le da muchos cuadernos gratis porque le lleve a los niños a la tienda. En la escuela está siempre traficando; todos los días vende, hace loterías y subastas; después se arrepiente y quiere sus mercancías; compra por dos y vende por cuatro; juega a las aleluyas y jamás pierde; vende los periódicos atrasados al estanquero, y tiene un cuaderno donde anota todos sus negocios, lleno todo él de sumas y restas. En la escuela sólo estudia Aritmética; y si ambiciona premios no es más que por tener entrada gratis al teatro Guíñol. A mí me gusta y me entretiene. Hemos jugado a hacer una tienda con los pesos y las balanzas: él sabe el precio exacto de todas las cosas, conoce las pesas y hace muy pronto y bien cartuchos y paquetes como los tenderos. Dice que apenas salga de la escuela, emprenderá un negocio, un comercio nuevo, inventado por él. Ha estado muy contento porque le he dado sellos extranjeros, y me ha dicho al punto en cuánto se vende cada uno para las colecciones. Mi padre, haciendo como que leía el periódico, le estaba oyendo y se divertía. Siempre lleva los bolsillos llenos de sus pequeñas mercancías, que cubre con un largo delantal negro, y parece que está continuamente pensativo y muy ocupado, como los comerciantes. Pero lo que le gusta más que todo es su colección de sellos; éste es un tesoro, y habla siempre de él como si debiese sacar de aquí una fortuna. Los compañeros lo creen avaro y usurero. Yo no pienso así. Lo quiero bien: me enseña muchas cosas y me parece un hombre. Coreta, el hijo del vendedor de leña, dice que no daría Garofi sus sellos ni para salvar la vida de su madre. Mi padre no lo cree. "Espera aún para juzgarle, me ha dicho; tiene, en efecto, esa pasión; pero su corazón es bueno".

## VANIDAD

Lunes 5.—Ayer fui a pasear por la alameda de Rívoli con Votino y su padre. Al pasar por la Calle Dora Grossa vimos a Estardo, el que se incomoda con los revoltosos, parado muy tieso delante del escaparate de un librero, con los ojos fijos en un mapa; y sabe Dios desde cuándo estaría allí, porque él estudia hasta en la calle; ni siquiera nos saludó el muy grosero. Votino iba muy bien vestido, quizá demasiado; llevaba botas de tafilete con pespuntos encarnados, un traje con adornos vivos de seda, sombrero de castor blanco y reloj. Pero su vanidad debía parar en mal esta vez. Después de haber andado buen trecho por la calle, dejándonos muy atrás a su padre, que marchaba despacio, nos paramos en un asiento de piedra junto a un muchacho modestamente vestido que parecía cansado y estaba pensativo, con la cabeza baja. Un hombre, que debía ser padre, paseaba bajo los árboles leyendo un periódico. Nos sentamos. Votino se puso entre el otro niño y yo, de pronto se acordó de que estaba bien vestido y quiso hacerse admirar y envidiar de nuestro vecino. Levantó un pie y me dijo: "¿Has visto mis botas nuevas?" Lo decía para que el otro las mirara, pero éste no se fijó. Entonces bajó el pie y me enseñó las borlas de seda, mirando de reojo al muchacho, añadiendo que aquellas borlas de seda no le gustaban y que las quería cambiar por botones de plata. Pero el chico no miró tampoco.

Votino, entonces, se puso a jugar, dándole vueltas sobre el índice, con su precioso sombrero de castor blanco; pero el niño parecía que lo hacía de propósito; no se dignó dirigir siquiera una mirada al sombrero.

Votino, que empezaba a exasperarse, sacó el reloj, lo abrió y me enseñó la máquina. Pero el vecino, sin volver la cabeza. "¿Es plata sobredorada?", le pregunté. "Es de oro". "Pero no será todo de oro —le dije —habrá también algo de plata". "No hombre, no, replicó. Y para obligar al muchacho a mirar, le puso el reloj delante de sus ojos, diciéndole: "Di tú, mira: ¿no es verdad que es todo de oro?" El chico respondió secamente: "No lo sé". ¡Oh, oh! —exclamó Votino lleno de rabia—. ¡Qué soberbia!

Mientras decía esto, llegó su padre, que le oyó: miró un rato fijamente a aquel niño, y después dijo bruscamente a su hijo: "Calla"; e inclinándose a su oído, añadió: "¡Es ciego!"

Votino se puso en pie de pronto de un salto y miró la cara del muchacho. Tenía las pupilas apagadas, sin expresión, sin mirada.

Votino se quedó anonadado, sin palabra, con los ojos en tierra. Después balbuceó: "¡Lo siento; no lo sabía!"

Pero el ciego, que lo había comprendido todo, dijo con una sonrisa breve y melancólica: "¡Oh, no importa nada!"

Cierto que es vano; pero no tiene, en manera alguna, mal corazón Votino. En todo el paseo no se volvió a reír.



### LA PRIMERA NEVADA

Sábado 10.—¡Adiós, paseos a Rívoli! Llegó la hermosa amiga de los niños. ¡Ya están aquí las primeras nieves! Ayer tarde, a última hora, cayeron copos finos ya abiertos, como flores de jazmín. Era un gusto esta mañana en la escuela verla caer contra los cristales y amontonarse sobre los balcones: también el maestro miraba y se frotaba las manos; y todos estaban contentos pensando hacer bolas, en el hielo que vendría después, y en el solar de la casa. Unicamente Estando no se distraía, completamente absorto en la lección y con los puños apoyados en las sienes. ¡Qué hermosa, cuánta alegría hubo a la salida! Todos salíamos a la desbandada por las calles, gritando y charlando, cogiendo pelotones de

nieve y zambulléndonos dentro como perrillos en el agua. Los padres que esperaban fuera ya tenían los paraguas blancos; los guardias municipales también blancos sus kepís; nuestras carteras se pusieron blancas en seguida. Todos parecían en su delirio fuera de sí: hasta Precusa, el hijo del forjador, aquel pálido que nunca se ríe, y hasta Roberto, el que salvó al niño del ómnibus, el pobrecillo saltaba con sus muletas. El calabrés que no había tocado nunca la nieve, hizo una pelota y se puso a comérsela como un melocotón; Grosi, el hijo de la verdulera, se llenó de nieve la cartera y el albañilito nos hizo desternillar de risa cuando mi padre le invitó a venir mañana a casa; tenía la boca llena de nieve, y no atreviéndose a escupirla ni a tragársela, se quedó atónito mirándonos, sin responder. También las maestras salían de la escuela corriendo y riendo; hasta mi maestra de primera enseñanza superior. ¡Pobrecilla!, corría atravesando la nieve, reservándose la cara con su velo verde, y tosiendo. Mientras tanto, centenares de muchachas de la escuela inmediata pasaban chillando y pisoteando sobre aquella blanca alfombra, y los maestros, los bedeles y los guardias gritaban: "¡A casa, a casa!", tragando copos de nieve y quitándose de los bigotes y de la barba. Pero también ellos se reían de aquella turba de muchachos que festejaban el invierno.

"...Festejáis el invierno... ¡pero hay niños sin pan, sin zapatos, sin lumbre. Hay millares que bajan a las ciudades después de largo camino, llevando en sus manos ensangrentadas por los sabañones, un pedazo de leña para calentar la escuela. Hay centenares de escuelas casi sepultadas entre la nieve, desnudas, y oscuras como cavernas, donde los chicos se ahogan por el humo, dan diente con diente por el frío, mirando con horror los blancos copos que caen sin cesar, que se amontonan sin descanso sobre sus lejanas cabañas, amenazadas por el peso de los témpanos de hielo. Vosotros, niños, que festejáis el invierno. ¡Pensad en los miles de criaturas a quienes el invierno trae la miseria y la muerte!—Tu padre".

### EL ALBAÑILITO

Domingo 11.—El albañilito ha venido hoy de cazadora, vestido con la ropa de su padre, blanca todavía por la cal y el yeso. Mi padre deseaba que viniese, aún más que yo. ¡Cómo le gusta! Apenas entró, se quitó su viejísimo sombrero, que estaba todo cubierto de nieve, y se lo metió en el bolsillo, después vino hacia mí con aquel andar descuidado de cansado trabajador, volviendo aquí

y allá su cabeza, redonda como una manzana, y con su nariz roja; cuando fue al comedor, dirigiendo una ojeada a los muebles, fijó sus ojos en un cuadro que representaba a Rigoletto, un bufón jorobado, y puso la cara de hocico de conejo. Es imposible dejar de reírse al vérselo hacer. Nos pusimos a jugar con palitos; tiene una habilidad extraordinaria para hacer torres y puentes, que parece se están de pie por milagro, y trabaja en ello muy serio, con la paciencia de un hombre. Entre una y otra torre, me habla de su familia; viven en una buhardilla; su padre va a la escuela de adultos, de noche, a aprender a leer; su madre no es de aquí. Parece que le quieren mucho, porque aunque él se viste pobremente, va bien resguardado del frío, con la ropa muy remendada y el lazo de la corbata bien hecho y anudado por su misma madre. Su padre me dice, es un hombretón, un gigante, que apenas cabe por la puerta; es bueno, y llama siempre a su hijo hocico de liebre; el hijo, en cambio es pequeñín. A las cuatro merendamos juntos, pan y pasas, sentados en el sofá, y cuando nos levantamos, no sé por qué mi padre no quiso que limpiara el espaldar que el albañilito había manchado de blanco con su chaqueta; me detuvo la mano y lo limpió después él sin que lo viéramos. Jugando, al albañilito se le cayó un botón de la cazadora, y mi padre se lo cosió; él se puso encarnado, y la veía coser muy admirado y confuso, no atreviéndose ni a respirar. Después le enseñé el album de caricaturas, y él, sin darse cuenta, imitaba los gestos de aquellas caras, tan bien, que hasta mi padre se reía. Estaba tan contento cuando se fue, que se olvidó de ponerse el andrajoso sombrero, y al llegar a la puerta de la escalera, para manifestarme su gratitud, me hacía otra vez la gracia de poner el hocico de liebre. Se llama Antonio Rabusco, y tiene ocho años y ocho meses.

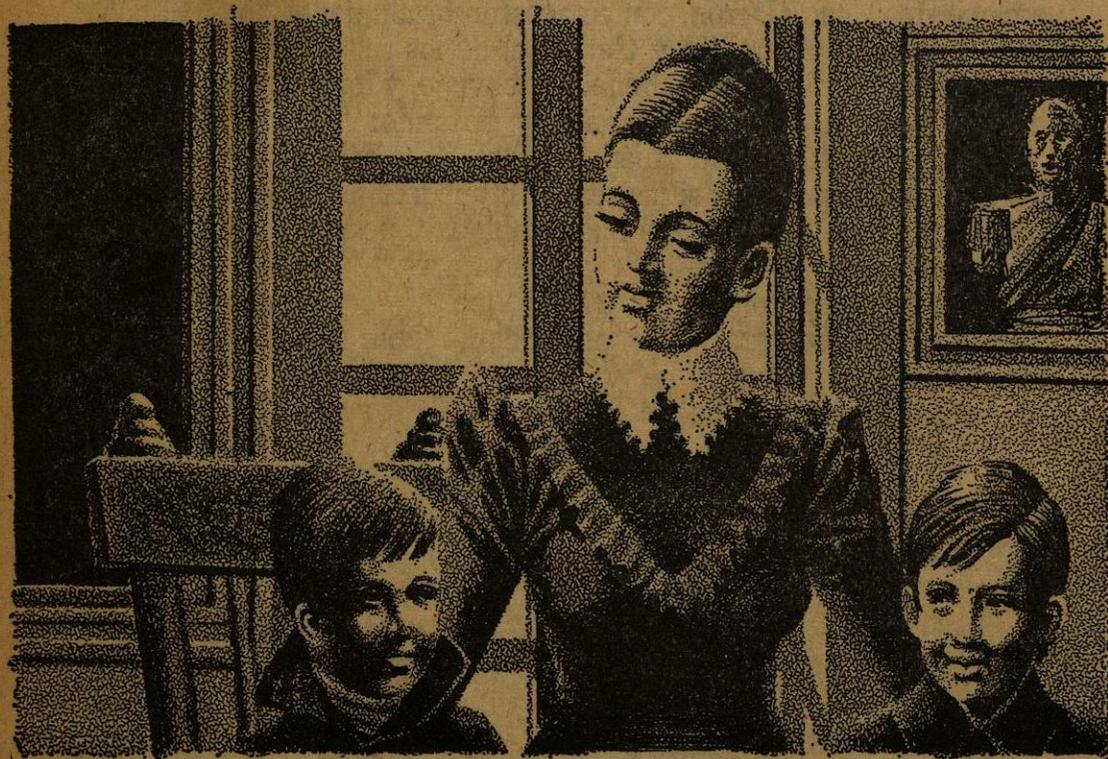
\* \* \*

“¿Sabes hijo mío, por qué no quise que limpiaras el sofá? Porque limpiarle mientras tu compañero lo veía, era casi hacerle una reconvención por haberlo ensuciado. Y esto no estaba bien: en primer lugar, porque no lo había hecho de intento, y en segundo, porque lo había manchado con ropa de su padre, que se la había enyesado trabajando; y lo que se mancha trabajando no ensucia: es polvo, cal, barniz, todo lo que quieras, pero no es suciedad. El trabajo no ensucia. No digas nunca de un obrero que sale de su trabajo: “Va sucio”. Debes decir: “Tiene en sus ropas las señales, las huellas del trabajo”. Recuérdalo. Quiere mucho al albañilito: primero, porque es compañero tuyo, y además, porque es hijo de un obrero.—Tu padre”.

## UNA BOLA DE NIEVE

Viernes 16.—Sigue nevando, nevando. Ha sucedido un accidente desagradable esta mañana al salir de la escuela. Un tropel de muchachos, apenas llegaron a la plaza, se pusieron a hacer bolas con aquella nieve acuosa que hace las bolas sólidas y pesadas como piedras. Mucha gente pasaba por la acera. Un señor gritó: “¡Alto chicos!” Y precisamente en aquel momento se oyó un grito agudo en la otra parte de la calle, se vio un viejo que había perdido su sombrero y andaba vacilante, cubriéndose la cara con las manos, y a su lado un niño que gritaba: “¡Socorro, socorro!” En seguida acudió gente de todas partes. Le había dado una bola en un ojo. Todos los muchachos corrieron a la desbandada, huyendo como saetas. Yo estaba ante la tienda del librero, donde había entrado mi padre, y vi llegar a la carrera varios compañeros míos que se mezclaron entre los que estaban junto a mí y hacían como que miraban los escaparates: eran Garrón, con su acostumbrado panecillo en el bolsillo; Coreta, el albañilito y Garofi, el de los sellos. Mientras tanto, se había reunido gente alrededor del viejo, y los guardias corrían de una parte a otra, amenazando y gritando: “¿Quién ha sido? ¿Quién? ¿Eres tú? Decid quién ha sido”. Y miraban las manos de los muchachos para ver si las tenían humedecidas de la nieve. Garofi estaba a mi lado; reparé que temblaba mucho y estaba pálido como un muerto. “¿Quién es? ¿Quién ha sido?”, continuaba gritando la gente. Entonces vi a Garrón que dijo por abajo a Garofi: “Anda ve a presentarte; sería una villanía dejar que sospechen de otro”. “¡Pero si yo no lo he hecho de intento!”, respondió Garofi temblando como la hoja de un árbol. “No importa; cumple con tu deber”, contestó Garrón. “¡Pero si no tengo valor para confesarlo!” Anímate, yo te acompaño”. Y los guardias y la gente gritaban cada vez más fuerte: “¿Quién es? ¿Quién ha sido? Le han metido un cristal de sus lentes en un ojo. Le han dejado ciego. ¡Perdidos!” Yo creía que Garofi caía en tierra. “Ven —le dijo resueltamente Garrón—; yo te defiendo”. Y cogiéndole por un brazo, lo empujó hacia adelante, sosteniéndolo como a un enfermo. La gente lo vio y lo comprendió todo en seguida, y muchos corrieron con los puños levantados. Pero Garrón se puso en medio, gritando: “¿Qué vais a hacer, diez hombres contra un niño?” Entonces ellos se detuvieron, y un guardia municipal cogió a Garofi y lo llevó, abriéndose paso entre la multitud, a una pastelería, donde habían refugiado al herido. Viéndolo, reconocí en seguida al viejo empleado que vive con su nietecillo en el cuarto piso de nuestra casa. Lo habían recostado en una silla con un pañuelo en los ojos. “¡Ha si-

do sin querer!" balbuceaba Garofi. Dos personas le arrojaron violentamente en la tienda gritando: "¡Abajo esa cabeza! ¡Pide perdón!" Y lo echaron al suelo. Pero de pronto, dos brazos vigorosos lo pusieron en pie, y una voz resuelta dijo: "¡No, señores!" Era nuestro director, que lo había visto todo. "Puesto que ha tenido el valor de presentarse, nadie tiene derecho a vejarlo". Todos permanecieron callados. "Pídele perdón", dijo el director a Garofi. Garofi, ahogado en llanto abrazó las rodillas del viejo, y éste, buscando con la mano la cabeza, lo acarició cariñosamente. Entonces todos dijeron: "Vamos muchacho, vete a casa". Y mi padre me sacó de entre la multitud, y me preguntó en la calle: "Enrique: en un caso análogo, ¿hubieras tenido el valor de cumplir con tu deber, de ir a confesar tu culpa?" Yo le respondí que sí, y repuso: "Dame tu palabra de honor de que así lo harás". "Te doy mi palabra, padre mío".



### LAS MAESTRAS

Sábado 17.—Garofi estaba hoy muy atemorizado, esperando un gran regaño del maestro; pero el profesor no ha ido, y como faltaba también el suplente, ha venido a dar la clase la señora Cro-

mi, la más vieja de las maestras, que tiene dos hijos mayores y ha enseñado a leer y a escribir a muchas señoras que ahora van a llevar sus niños a la escuela Bareti. Hoy estaba triste, porque tenía un hijo enfermo. Apenas la vieron, empezaron a hacer gran ruido. Pero ella, con voz pausada y serena, dijo: "Respetad mis canas; yo casi no soy ya una maestra, sino una madre"; y entonces ninguno se atrevió a hablar más, ni aún aquel alma de cántaro de Franti, que se contentó con hacerle burla sin que lo viera. A la clase de la señora Cromi mandaron a la señora Delcato, maestra de mi hermana, y al puesto de ésta a la que llaman la *monjita*, porque va siempre vestida de obscuro, con un delantal negro; su cara es pequeña y blanca, sus cabellos siempre peinados, los ojos muy claros y la voz gangosa, que parece que está murmurando oraciones. "Y es cosa que no se comprende —dice mi padre—: tan suave y tan tímida, con aquel hilito de voz siempre igual, que apenas suena, sin gritar y sin incomodarse nunca, y sin embargo, los niños están tan quietos que no se les oye, y hasta los más atrevidos inclinan la cabeza en cuanto les amenaza con el dedo; parece una iglesia su escuela, y por eso también la llaman la *monjita*". Pero hay otra que me gusta mucho: la maestra de primera enseñanza elemental, número 3; una joven con la cara sonrosada, que tiene dos lunares muy graciosos en las mejillas, y que lleva una pluma encarnada en el sombrero y una crucecita amarilla colgada del cuello. Siempre está alegre, y alegre también tiene su clase; sonríe, y cuando grita con aquella voz argentina, parece que canta; pega con la regla en la mesa y da palmadas para imponer silencio; después, cuando salen, corre como una niña detrás de unos y otros para ponerlos en fila; ya éste le tira del babero, el otro le abrocha el abrigo para que no se resfríe; los sigue hasta la calle para que no se alboroten; suplica a los padres que no les castiguen en casa; lleva pastillas a los que tienen tos; presta su manguito a los que tienen frío, y está continuamente atormentada por los más pequeños, que le hacen caricias y le piden beso, tirándole del velo y del vestido; pero ella se deja acariciar y los besa a todos riendo, y todos los días vuelve a casa despeinada y ronca, jadeante y tan contenta, con sus graciosos lunares y su pluma colorada. Es también maestra de dibujo de las niñas, y sostiene con su trabajo a su madre y a su hermano.